

sepulcro la vida entera como una estela en la inmensidad, aguardando la compañía de los ángeles para entrar en su coro y repetir eternamente las alabanzas al Eterno, allá en la bienaventuranza, la cual á tí y á todos deseo para gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Apesar de la elocuencia que pusiera el Prior en su arenga, como todas las arengas florentinas á la sazón, de ideas platónicas mezcladas con ideas religiosas, y citas de autores profanos, mezcladas con citas de Santos Padres, Filippo no oyó ni una sola palabra. En tanto que la elocuencia del orador sagrado se iba por las cimas del mundo ideal, íbase la mente del artista profano por el mundo de las realidades. Y registraba en su memoria todas las fechas de sus extraños amores con Lucrecia. Un día la vió al través de espesa reja, y ya no tuvo punto de reposo. Otro día pudo atisbarla desde apartada ventana cubierta con misteriosa celosía, bailando, rodeada de adoradores, en el palacio de los Pulcis. A los pocos días, en misa, la sorprendió y se puso delante de ella con arte, cuando alzaba sus ojos con éxtasis para fijarlos en las sagradas efigies del altar. Despues sobrevinieron las consabidas desgracias, y ya pudo presentarse sin temor de que lo confundieran con cualquier mendigo y lo condenaran á eterno desprecio. Entonces fué, acorralado por la miseria, cuando decidió rondar la casa de su amada nocturnamente y á guisa de fantasma. Y ¡prodigio de los prodigios, revelador de los misterios encerrados en ese templo del sentimiento llamado humano corazón! El jóven que al presentarse tal como era, y por añadidura, vestido con las preseas de su antiguo regalado trage, no logró fijar la atención á que dirigía tan tenaces llamamientos con fijas ojeadas, con palabras de doble sentido, con paseos continuos, fijóla y aun despertó una pasión verdadera en cuanto le obligó la necesidad al misterio, y el misterio le dió sus sobrenaturales prestigios. Tras esto, cada paso fuera un adelanto hasta la noche siniestra en que arrebatado de celos no bien refrenado, le llevó á herir á Montaperto y la angustiada miseria, tocando con la muerte, le encerró en el convento. Mas nada significaban los muros para quien solía como él saltarlos; nada la extraña vigilancia para quien como él sabía burlarla. Mil mañanas industriara y con la suya se saliera, visitando misteriosamente los alrededores del palacio, donde habitaba Lucrecia, sino le llegaran las noticias de su casamiento. Artista desde las puntas de los cabellos hasta las uñas de los piés, sucedíanse en tropel las emociones dentro de su pecho abierto á todo sentimiento. Y así que supo la resolución del matrimonio, como para suicidarse, desesperado por completo, y sin refrenar de ninguna manera su desesperación, resolvióse á tomar el hábito y á perderse en el convento. Entre las cualidades propias de su complexión, encontrábase el pasar de una emoción á la opuesta y de unas resoluciones á las contrarias con inusitada facilidad; el ver las cosas todas antes por el lado de su hermosura que por el lado de su bondad, el confundir la vida real con la leyenda, con la

novela, con el arte, sin distinguir las esferas de lo ideal y lo real. Por eso escogió la hora consabida para su profesión, como tantas veces hemos dicho. Por eso salió de su celda al mismo tiempo que la mujer amada de su casa. Por eso oyó la misa de toma de hábito al par que oía ella la misa de boda. Por eso prestó sus votos eternos en el mismo instante en que ella debía sellar con un sí ante Dios su indisoluble matrimonio. No le pidais, pues, que ninguna de las ceremonias le conmuevan: que le llegue hasta el alma la nota melancólica del órgano, que le embriague en misticismo la nube celeste de incienso, que le toque el corazón la palabra inspiradísima de su Prior, que le conmueva la ceremonia; su pensamiento está muy lejos de la iglesia, y vaga por los alrededores de aquel palacio visitado tantas noches, y roza en su vuelo invisible las sienas de aquella mujer amada con tan extremada adoración.

—«Si me hubieras amado como yo te amaba, decía hablando interiormente con Lucrecia, no entregáras tu mano á ningún hombre. Para todo me siento fuerte, á todo estoy dispuesto, menos á soportar el tropel de los celos arremolinados en mi pecho y á ver el espectáculo de la ajena felicidad por esas calles. Encerrado en el convento creeré haberme encerrado en el sepulcro. Desde las bajas regiones de la muerte acaso pueda sufrir lo que nunca hubiera podido sufrir en las regiones altísimas de la vida. Y sin embargo, mis carnes se abren al recuerdo de la noche que me aguarda, de los tormentos que me atenacearán implacables como las furias antiguas. ¡Cuántas veces me miraste con arrobamiento revelador de intensísimo cariño! Hasta creer oír de tus labios un sí, cuando me aparecía á tus ojos envuelto en sombras como una evocación de los infiernos. Y lo dispensas todo para casarte. Pues cástate en buen hora. Mas contempla la diferencia entre tu proceder y mi proceder en este momento. Vas á la felicidad y yo voy á la muerte. Vas á una boda y yo voy á un entierro. Te rodean pajes vestidos de tisú, con joyas en las manos, y á mí monjes vestidos de sayal, trayéndome en las manos un eterno sudario. Te festejan con bailes y banquetes y á mí con salmodias y sermones. Entrarás en tu lecho nupcial esta noche, mientras yo me tenderé solo y abandonado en la tarima de mi celda. Serás esposa y madre, cuando por tí renuncio yo á todos los afectos mas dulces del corazón y mas necesarios á la vida. Esta ceremonia, que el mundo llamará una profesión religiosa, tiene en su fondo toda la tristeza de un suicidio encubierto. Pero ya que te casas, deja que yo muera.»

Al par de estas reflexiones que Filippo comentaba á su arbitrio y desarrollaba en mil formas y con riqueza sin igual de pensamientos, aunque á la callada y para sí, concluíase el sermón del Prior, y con el sermón del Prior toda la ceremonia. El buen artista quedaba para siempre ligado al claustro y hecho un monje. A la comunidad le parecía mentira, y al públi-

co tambien, aquella conversion. Así, despues de pronunciados los votos, despues de rapada la cabeza, despues de vestido el manto, complemento del hábito, despues de dicha la misa, despues de cantado el Veni-Creator con tanta solemnidad que parecia la llegada visible del Espíritu Santo, despues de pronunciada la plática que hemos oído; despues de terminadas todas las ceremonias, no quiso aquella reunion de tantas gentes religiosas, separarse sin cantar un Te-Deum en accion de gracias al Todopoderoso. Las campanas del convento se soltaron al vuelo; los tubos del órgano se hinchieron de santas armonías, y todas las voces de los individuos pertenecientes á varios cleros que allí estaban, entonaron en cánticos sonoros las estrofas del himno religioso con verdadero fervor. Pusiéronse Fra Filippo y sus dos asistentes, Alberto y Simon, de pié, como exige la tradicion eclesiástica siempre que se canta el Te Deum. Pero solamente cantaba y con verdadero entusiasmo Fra Simon. Los dos frailes jóvenes miraban, Filippo las tortuosidades de su pensamiento único, y Alberto la cara de las devotas bonitas. Mientras órgano y campanario preludiaban el Te-deum, dirijíase el artista á su joven compañero.

—¿Alberto?

Le decia en voz baja.

—¿Qué me quieres Filippo?

Le contestaba Alberto.

—Ahora que estás de pié, y puedes bonitamente alejarte un poco sin ser notado, trata de darme algunas noticias de la boda.

—Nada hemos sabido sino la entrada en la iglesia.

—¿Qué podríamos saber con estas ceremonias tan largas y tan separados del público? Pero ahora, que puedes de alguna manera escurrirte tú que no llamas la atencion tan vivamente como yo, pregunta si los novios han vuelto á la casa nupcial, ya casados, y caballeros en sus caballos de ceremonia.

—Dalo por su puesto. Sabemos que salieron de su casa, que llevaron riquísimo cortejo, que se dirigieron á la iglesia entre aclamaciones, que entraron; pues deben haber salido y continuar las calles del tránsito con igual regocijo que á la ida.

—No lo dudo. Todo eso debe haber sucedido, ó mejor dicho, todo eso ha sucedido. Pero siempre hay alguna particularidad que conviene saber, pues no se enlazan así todos los dias familias tan ricas como los Buttis, con familias tan nobles como los Montapertos. Hace poco habia por ahí un mancebo que nos recitaba la arenga del orador en cuyo brazo ha ido Lucrecia apoyada hasta los mismos piés del sacerdote. Ahora sabrá otro cualquier cosa curiosísima. Ve y pregunta.

No se lo hizo repetir el buen Alberto. Y en efecto, su curiosidad se picó porque el Te-Deum, que debia ser lo mas solemne y sublime de las cere-

monias, resultó lo mas vulgar y adocenado. Un rumor general cubrió el ruido de las campanas, de los tubos, de las voces. Las gentes se preguntaban unas á otras y se decian tales cosas que la mayor extrañeza quedaba pintada en los semblantes, y se difundia de unos en otros con vertiginosa celeridad. Filippo notó aquello, y como el cliente que solo sabe hablar de su pleito, lo atribuyó á noticias del casamiento. Así es que, impelido por su impaciencia, ya se iba en busca de Alberto, sin curarse para nada ni de ceremonia ni de iglesia, cuando Alberto apareció con el rostro resplandeciente y entre satisfecho y asombrado. Era naturalísima su satisfaccion, porque traía una noticia, y naturalísimo el asombro, porque traía una noticia asombrosa.

—Te-Deum laudamos; te dominum confitemur.

Decia el coro.

Y el monje novicio al monje, aunque joven, mas antiguo en la orden.

—¿Qué traes?

—Calla, hombre, el noticion de la temporada.

—Habla.

—Si no puedo respirar.

—¿Qué ha sucedido?

—Espera.

—¿Ha muerto Lucrecia?

—No, hombre, no.

—Pues desembucha lo que traes, maldito.

—Te eternum patrem omnis terra veneratur.

Decia el coro.

—Me matas de impaciencia.

Gritaba con furia Filippo, esforzando la voz, á medida que subía el diapason de los cánticos religiosos.

—Deja que me limpie el sudor y recobre el aliento.

Le respondía Alberto.

—Para todo tienes voz, menos para satisfacer mi curiosidad. Acaba pronto.

Dijole Filippo cogiéndole con furor el brazo y aproximándolo á su lado con verdadero imperio.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Gritó tres veces Fra Alberto dolorido.

—Responde pronto y no grites.

—Aun no asamos y ya pringamos. Aun no estás en el convento y ya me martirizas así.

—Hombre, acaba por Dios, si no quieres que te plante tres mojicones y convirtamos en plazuela esta santa iglesia.

—Tibi omnes angeli; tibi cœli et universæ potestates.

Clamaba el coro

—Callad, hermanos, decia Fra Simon, el cual hasta entonces no desplegara sus labios; callad, que estais quebrantando todas las reglas de la órden. Temed á Dios.

—Despacha, despacha.

Repetia Fra Filippo sin curarse de las justas advertencias de Fra Simon.

—Lucrecia, en el momento de dar el sí.....

—¿Se ha desmayado?

—No.

—¿Ha recibido una lluvia de perlas ó de flores?

—Si lo dices tú todo ¿por qué me preguntas á mí nada?

—Habla, habla.

—Pues en el momento de decir sí, ha dicho que nones.

—Expícate, no lo comprendo.

--El sacerdote le habia preguntado á Guido si queria á Lucrecia por esposa, y el novio contestó con un sí tan estentóreo que llenó la bóveda de San Giovanni. Luego le ha preguntado á Lucrecia si á su vez queria á Guido, y la novia ha contestado con un nó tan estentóreo como el sí del novio.

Al oír esto, Filippo levantó ambos brazos al cielo en señal de accion de gracias, como pudiera hacerlo el náufrago que toca en playas hospitalarias y amigas. Ninguna otra idea le pasó en aquel momento por la mente, sino la idea de que Lucrecia era libre; ninguna emocion, sino la emocion de arrebatadora alegría. Sus párpados se abrian y cerraban con gran celeridad. Sus ojos buscaban en el altar con arrobamiento la imájen de María para darle gracias, sus brazos se levantaron al cielo y su voz se unió á la voz de los sacerdotes que decian:

—Tibi querubin et seraphin incessabili voce proclamant.

—Su padre quiso matarla, continuó diciendo Alberto, y hasta blandió un puñal sobre su pecho, que le traspasara, á no interponerse los circunstancias; mas ella, serena é inmóvil, pidió ser conducida como novicia al convento de Santa Margarita.

Esta palabra convento recordó á Filippo los votos que acababa de pronunciar y la separacion que establecian irrevocablemente entre su corazon y el corazon de su amada. A la emocion de alegría sucedió una emocion de terror mucho mas fuerte. Todo el horror de su situacion pasó por sus ojos en una nube de lágrimas. Comprimiósele el corazon como si le oprimieran

el pecho, que antes respiraba gozoso, como el ave enamorada y amante en el aire libre. Sus nervios se desataron en sacudidas terribles. Crispáronse sus manos. Un gemido horroroso que dominó todo el estruendo, salió de su garganta. Y cayó al suelo asaltado por un ataque epiléptico tan fuerte, que hubo necesidad de arrancarlo antes de concluir el Te-Deum á la iglesia, y conducirlo entre cuatro á la sacristia, no sin que el piadoso Fra Simon exclamara:

—Si no hubiera oído la misa con tanta devocion y tanta calma, diria que estaba endemoniado ese muchacho.